

MAY

CONGRESO DE NEUTRALES *

La prensa de los Estados Unidos empieza en este momento a comentar con simpatía y aplauso, para nuestra íntima satisfacción de venezolanos y patriotas, una feliz iniciativa diplomática de Venezuela.

Después de mucho tiempo, casi tal vez desde los tiempos del Congreso de Pana-

* La actitud de los neutrales en la actual guerra ha sido de pusilanimidad y de egoísmo. La única guía de conducta parece ser y haber sido, la de una conveniencia asustadiza, que sólo desea escapar del más leve quebranto y explotar el conflicto, como fuente de lucro. Diríase que se trata de una lid entre gladiadores en que las cuadrillas son de millones y la arena es medio globo terráqueo, sin más finalidad que la carnicería misma y los mórbidos espasmos del mundo espectador, y que no van en juego la libertad y la civilización. Cuando algún neutral alza la voz, sólo pide respeto para sus artefactos o libertad para su tráfico. A todos les es indiferente que se rompan los pactos de que son consignatarios, y que cada día la violencia exacerbada reivindique con mayor furia los apetitos ancestrales de la barbarie y de la crueldad primitivas, que destilan sangre, por entre el barniz de filosofías hechas de infamia y de

má, de los Gual, Briceño Méndez y Bolívar, no se había dejado oír como esta vez, autorizada y muy clara y distinta, la voz de Venezuela entre un coro de naciones. El secreto de tan buen suceso está en el desinterés de la iniciativa, o, para expresarlo en otros términos, en que se trata de una iniciativa de interés universal, de trascendencia verdaderamente humana.

Corresponde, sin duda, a tan grave y tremenda ocasión.

Desde el mismo estallar de la presente guerra de Europa, Venezuela, según lo vislumbró en seguida el atisbo vigilante

codicia. Le ha tocado dar el grito de alerta y llamar a los neutrales a su deber, a un hispano-americano, al egregio escritor venezolano, Manuel Díaz Rodríguez. Siendo Ministro de Relaciones Exteriores de su país, preparó el llamamiento que Venezuela debería hacer a todas las naciones neutrales para que cumplieran su deber. Díaz Rodríguez se separó del Ministerio antes de darle curso a su noble iniciativa. Su sucesor lo ha hecho, y la semilla está lanzada al surco. Tendrá que germinar; las naciones neutrales habrán de ser escuchadas cuando sobrevenga la hora de la paz. Ya volveremos sobre este tema en una próxima ocasión. Por hoy queremos dejar constancia de lo apuntado, para gloria de unó de nuestros pueblos y de uno de sus más preclaros ciudadanos.

(*Hispania*. Londres. Marzo de 1915.)

del Gobierno, se dió cuenta exacta de que, si nunca la neutralidad había significado indiferencia, mucho menos podía significarlo hoy para ella, ni para ningún otro país, ante el vasto y sangriento conflicto que mantiene suspenso y preocupado al mundo. Desde el primer instante fué fácil prever, en efecto, que la actual guerra de Europa iba a promover una completa revisión de valores en el Derecho Internacional. Los términos tradicionalmente usados en la lengua del derecho, empezaron desde luego a cambiar de sentido, de modo parcial o absoluto. Así acontecía, por lo que a Venezuela interesaba, con el término de neutralidad y los que a ésta de algún modo se refieren en derecho. Su sentido se vió que había cambiado profundamente, en la misma proporción que han cambiado las relaciones de los pueblos en la sociedad internacional. La guerra antigua, cuando la vida internacional se esbozaba apenas, o era poco intensa, permitía a un pueblo cualquiera ignorar la guerra surgida entre otros pueblos leja-

nos, o sustraerse con facilidad a los males consiguientes, de suerte que mientras unos hombres se daban en un rincón del mundo a cultivar con sangre los laureles de su gloria, podían más allá otros hombres reposarse dulcemente y en paz a la sombra de las encinas. Hoy no sería posible nunca eso mismo sino en el caso de una guerra muy localizada y circunscrita a pueblos que no sean de los que prevalecen y forzosamente influyen por lo tanto en la actividad universal. La vida internacional moderna es tan intensa, existe hoy una internacionalización de intereses tan íntima, compleja e inextricable, que la acción de un pueblo solo, o el daño inferido a un pueblo solo, repercuten inmediata y seguramente en los pueblos más distantes. Y dada esta internacionalización de intereses, con la cada vez más complicada urdimbre de las alianzas políticas, la guerra internacional de hoy no es otra cosa que la acción violenta de uno o más pueblos, con el consiguiente daño de todos.

La primera manifestación visible de es-

te nuevo orden de cosas en la actual guerra europea, fué el brusco desequilibrio económico universal que, desde los primeros días del último agosto, afectó a los más pacíficos y remotos pueblos neutrales, casi tan profundamente como a los beligerantes mismos. En tal sentido, la acción de los países en guerra o de la guerra misma sobre los neutrales aparece y es tan honda, que los más venerables conceptos, como el de soberanía, han llegado a perder su antigua rigidez y aun a esfumarse.

Y aparte ese grave y general desequilibrio económico, muchas otras consecuencias e infinitos incidentes de la guerra misma, inclinaban poco a poco el ánimo a concluir por la necesidad ineludible de una revisión de los valores internacionales. Los antiguos conflictos entre beligerantes y neutrales se suscitaban ahora a cada paso, más numerosos, y cada vez más difíciles y violentos. La vieja pretensión de los beligerantes a que priven los derechos de la guerra, pretensión que se revela en la tendencia a tener presente

siempre el deber y casi nunca el derecho de los neutrales, tropezaba a cada instante con la natural aspiración contraria de los últimos, cuyos legítimos derechos han crecido, como era de suponerse, en la medida que la Ley Internacional ha progresado y que el comercio florece y cunde entre las naciones. Diariamente el cable comunicaba y sigue comunicando aún incesantes rozamientos originados del modo más o menos arbitrario de estimar el contrabando de guerra.

De otra parte, los armamentos nuevos y los varios modos de destrucción hasta ahora no usados, el incipiente uso del telégrafo inalámbrico y demás medios nuevos de información y de lucha, lo mismo que otras novedades de la guerra moderna surgieron como imponiendo de urgencia que se modifiquen por lo menos en parte las leyes y costumbres de la guerra terrestre y casi totalmente quizás las leyes y costumbres de la guerra marítima.

Agréguese a todo eso, a fin de enfrentar de una vez a la neutralidad pasiva de otros tiempos la neutralidad activa y

dolorosa de hoy, la consideración de que las naciones actualmente en guerra son varias de las más ricas y civilizadas del mundo, y la de que, por tanto, si, como es de temerse, la guerra se prolongase de modo indefinido, a su evidente acción deletérea sobre los particulares intereses económicos de los países neutrales puede venir a sumarse contra éstos el fundado temor de ver naufragar en el conflicto los más altos intereses morales de la civilización, que no son patrimonio de éste o aquel pueblo sino haber común de todos.

Y por fin se comprenderá cómo, de reflexión en reflexión, puede llegarse a un pensamiento de defensa, esto es, a concebir la idea de concertar, frente al derecho activo de los beligerantes, una acción equivalente de los neutrales, de seguridad propia, incontrastable y benéfica.

Y así fué como surgió en mi espíritu hacia mediados de setiembre último y merced a la ocasión propicia, la idea de un Congreso de Neutrales que, además de revisar los derechos y deberes de la

neutralidad, formulase, a la luz de las novedades de la guerra de hoy día, nuevos deberes y derechos, y cuyas conclusiones pudieran someterse más tarde, a fin de ser universalmente reconocidas, a una asamblea de todas las naciones. Definitivo e ideal resultado de ese Congreso podía muy bien ser la constitución de un organismo nuevo, llamado a representar, de modo permanente y en todos sentidos, el papel que de modo ocasional y esporádico y en un restrictivo sentido comercial representaran en la historia las *ligas de neutrales* como la de Suecia y Dinamarca en 1693 y la que se derivó del Manifiesto de Catalina de Rusia en 1780.

Por medio de un *Memorándum sobre los derechos de los neutrales*, el Gobierno de Venezuela iniciaría esa idea primeramente cerca de las otras Repúblicas de América, porque, además de la analogía de intereses que las une, las naciones de este grupo son, frente a la conflagración europea, de neutralidad insospechable. Dicho memorándum fué en efecto redactado en ese mismo mes de setiembre; pe-

ro, circunstancias de orden interno de la Cancillería y que no es oportuno historiar por ahora, estorbaron su comunicación a los países amigos hasta mediados del siguiente mes de octubre. Y estaba ya listo para comunicarse a todos los gobiernos americanos, a las comisiones pan-americanas de los distintos países y a la Unión Pan-Americana de Washington, por conducto de nuestro Ministro en los Estados Unidos, cuando sobrevino la crisis ministerial, por la que dejé de formar parte del Gabinete.

Para entonces, tanto la idea como el memorándum que la expone se habían granjeado del señor Presidente Provisional de la República y de un grupo de los hombres públicos de Venezuela, de los de más profunda versación internacional, un aplauso generoso y unánime.

Y hoy es natural que, al aviso de cómo anda esa idea triunfando por la prensa americana, yo me permita vivir un momento de orgullo. Circunstancias propicias me hicieron el instrumento humilde o el humilde arcaduz de una idea genero-

sa, de buena estirpe venezolana, que no tendría de qué avergonzarse junto a sus mayores, las de los tiempos quijotescos y heroicos de Venezuela.

Al mismo tiempo veo de súbito colmados mis mejores deseos de funcionario y de patriota que no fueron, al mismo esbozar la idea, sino tener el honor de la iniciativa para mi Gobierno y mi nación.

Por tan claro suceso me felicito, y felicito al Gobierno a cuyo amparo se inició y prosperó, y también felicito, como es justo, a mi distinguido amigo y sucesor en la Cartera de Relaciones Exteriores, general I. Andrade, quien, con toda hidalguía y sin mezquinas reticencias personales, adoptó plenamente el proyecto y, por medio de nuestro Ministro en Washington, lo enrumbó con toda felicidad a la victoria.

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ.

LOS ANGELES DE PARIS

"Ce monsieur ne sait ce qu'il fait:
il est un ange."

RIMBAUD.

EN ANATOLE FRANCE.

El libro que todos hemos leído, donde los ángeles trasnochan por los bulevares y enamoran a los cantantes de Campos-Elíseos, encierra una profunda verdad: una verdad de observación, difusa como niebla. El autor quiere hacernos creer que todo es un sueño, pero de manera que transparentemos la verdad según suele suceder en algunos sueños. Así la ninfa del poeta latino huye;

Pero al huir procura que la vean.

En suma, su libro es la realidad de todos los días, contemplada apenas con los ojos entrecerrados, tras la redecilla de las pestañas.

Imágenes de la ciudad recombinadas en un arte sin perspectiva. Vidrio de co-

lores. Papel en que se yuxtaponen los ocios de un dibujante. Su enseñanza: la fantasía implícita en la realidad; el pulso de lo no conocido que circula por las arterias de la vida. Se han abierto a un tiempo la puerta de cuerno y la de marfil. Por un instante, hemos olvidado si estamos viviendo o recordando, viendo o fingiendo. Y, entonces, el mundo ha parecido brotar de nuestra ficción voluntaria.

Tras la lectura, queda como un desequilibrio. Mezclados en el vaso, el aceite del sueño y el vino de la realidad vacilan aún antes de apartarse. Y súbitamente, se apoderan de nosotros la sospecha de que el mundo es el cielo y de que los hombres mismos "son ángeles".

LA TENUE COMPAÑIA.

Una cabeza de miel rubia que chorrea, simétricamente, sobre ambas orejas. Desde el ómnibus que nos conduce a la vida, en la ventana de aquel nuevo edificio donde, há poco, admirábamos todavía

un paisaje elemental de árbol y de luna, la hemos visto destacarse en un sube-y-baja incesante, al tiempo que las manos,—autónomas,—se lanzaban sobre el teclado. Ese es, a no dudarlo, el ángel que vendió su alma a la bailarina. Sus alas se roen, olvidadas en la intimidad de una alacena: ¡Triste es el destino de los cómplices estorbosos!

Si Schlémihl no producía sombra, el ángel no produce música: sus manos se agotan sobre el piano en un admirable silencio.

¿Ella? La vida de él se refleja en ella imperceptiblemente. ¿Quién tiene conciencia de la brisa que agitó sus cabellos? Cuando él desaparezca, cobrará ante ella la mordiente significación del recuerdo.

—Amigas,— dirá entonces,—rodeadme todas. Me enfría la ausencia de algo que probablemente nunca ha existido. Me esfuerzo, y difícilmente columbra mi memoria las plumas de unas alas llenas de polvo, y oye los acordes de una música llena de luna. Mis rodillas se han endurecido a la danza; mis mejillas se despin-

tan al llanto; mis pestañas, húmedas, se juntan en diminutos haces como los picos de las estrellas. Me parece recordar otra vida, y creo que nadie me va a entender.

Llorán siempre los que han vivido con un ángel.

LUJO, BREVE SUEÑO

En los comedores de la casa familiar, —que daban, naturalmente, a un jardín,— había cromos tan vivos como aquella sensibilidad infantil en que se grabaron: fingían una Inglaterra de novela, absurda y elegante: desde las praderas de Fielding y el parque de Jane Austen hasta las hazañas, largamente desmenuzadas como en las estampas del “Via Crucis”, de los héroes de Dickens. Trompas enredadas al brazo de los cazadores, perros flexibles y ligeros..... También se les suele encontrar en las bujetas del rapé del abuelo, en las tapas de la tabaquera. ¡Aura, ola cálida de una infancia opulenta! Siempre, cuando vuelves, canta el

aire,—como si a la altura de nuestros oídos volaran dos pájaros!)

Y por eso aquel medio día de sol (el sol taladra los ramajes y proyecta sobre las caras el tejido volador del oro y del azul) si se oye, en el fondo del bosque, sonar la trompa, vaga palpitación nos invade, y esperamos ver saltar el prodigio: ¡oh fuga de ancas tordillas, casacas y gorros encarnados!

Oyese una trompa: seis caballos, un alto coche, dos brazos enguantados (“dos cisnes”), una pluma recta hacia el cielo... Relumbrando, las ruedas del coche engendran un halo giratorio.

El sueño de lujo es como un remanecer de la infancia; cuando el apetito era absoluto, y el mundo, en esplendor y valor, pendía de un Rey vestido de Oro.

Ha pasado el raro demonio (ángel o demonio) con ruidos de metal, y aromas, y brillos de seda. El hombre total, el hombre total en el tiempo, hecho un solo anhelo desde el primer día de la codicia infantil, ha dicho, como Dante en la “Vita Nuova”:

“Ecce Deus fortior me, qui veniens dominabitur mihi.”

ANHELAR SIN RIESGO O LOS
PESCADORES DE LORELEY.

Mañana clara. Brillan, a lo lejos, las torrecillas de azúcar del "Sacro Coeur". En los puentes del Sena hay viejos que arman el anzuelo y arrojan el hilo al agua turbia. Después se adormecen. Son pescadores abstractos, pescadores sin tentación ni peligro, pescadores sedentes, pescadores como cosa en sí: nunca se les vió lograr una pieza. Son viejos conserjes jubilados que comprueban al filósofo, engañándose con la idea de trabajar para vivir. Nunca se han propuesto la cuestión teológica de si la vida, como la salvación, es gratuita.

Y mientras por los embarcaderos del Sena cabecean o charlan a solas ("como los arroyos y como los ciegos"), los peces bailan la zarabanda a mucha distancia, y la pensión del Estado les entra en casa, misericordiosa y natural, como el aire, como la luz.

¡Oh ángeles, ángeles! Han perdido la eficacia humana y,—tales las sombras del Averno a quienes Odiseo concedió beber

una poca de sangre,—vagamente reme-
dan los motivos de la acción, los adema-
nes de los oficios: sin gasto y sin prove-
cho a la vez; fuera del plano de la energía;
en un espejismo concebido por la misma
dulzura de la mañana, bajo la campana
cristalina del cielo.

ANGELES REBELDES

Los rusos de Montparnasse,—ángeles
disfrazados de rusos,—si no predicán la
muerte de Dios, auguran extraños adve-
nimientos. ¿Arte, moral, religión? Todo
ello a la vez: todo lo que muere y renace.

Son de una belleza descolorida, verda-
deramente angelical. Sin sabor para el
paladar veleidoso de los hombres, su be-
lleza es el ley motivo de todas las belle-
zas posibles. Lo cual,—dice mi maestro
de escolástica,—tiene que ser una sustan-
cia mínima. Dudo si lo aprueba Platón.

Viven en jaulas de madera y de cal,
mal atornilladas en la cima de las casas
ruinosas. El viento salvaje de las caba-
ñuelas arroja sobre sus troneras lo que

se ha robado. Por los ángulos de sus talleres veis retratos y estatuas. Los retratos fragmentan la fisonomía en cantidades de espacio, como un espejo estrellado. No se entregan de una sola vez: hay que hojearlos como a los libros; que leer individualmente cada plano que entra, que sale. Las estatuas (serpentinatas de papel de colores, arabescos de lámina erizados de vidrios, aspas de cartón, aletas de trapo, brazos en liana y piernas en caduceo) convencen de que “el cincel del escultor” y “el estilo del escritor” son ya igualmente metafóricos.

Pintan y graban, fabrican la tela de sus vestidos, hablan con suavidad, e impiden que ninguno de ellos perezca de hambre. Se mezclan con ángeles japoneses y con ángeles turcos. Se les halla en las fondas de Montparnasse (nunca en el gris bulevar St. Germain ni en el blanco bulevar Raspail) adonde alternan con los marineros de Bretaña y con las pintoras gitanas. Por toda parte dejan su rastro: los muros de las fondas se pueblan con sus auto-caricaturas y con sus anun-

cios de exposiciones. Unos son modelos de otros, e imitan, lejanamente, los amores humanos.

Ninguno de ellos cree sufrir: pero cada vez perciben con mayor relieve la existencia: hasta su retina abstracta llegan imágenes de odio y de vergüenza, que van aprendiendo a discernir. Entonces, agitan los brazos, y ascienden a la esfera de que cayeron, en la actitud del Cristo,—y del Aeroplano.

ALFONSO REYES.

París, Febrero de 1915.

(*El Figaro*. Habana.)

AGUA DE RIEGO

Agua de manos blandas i livianas,
agua maravillada, agua de riego !...

Como frase de niño que refresca
los áridos pensares del abuelo
i le ablanda durezas del espíritu,
así vas penetrando en el sembrado
i haces tuya la tierra : te agradece
el terron, i los brotes te hacen sombra
con injenua insistencia, porque no halles
tan caluroso el sol ; i te saludan
con temor infantil aquellos tallos
todavía distantes... i tú sabes
que gravita en el aire un regocijo
i una inmensa ternura ; i nada dices
que son los hijos tuyos !

Agua, corre
i fecunda este valle, y pon tus labios
en todas las raices : tú refrescas
el corazon del campesino ; agrandas
sus ocultos monólogos, i abrigas
de santidad su aspiracion. Son hondos
tus rumores para él, pues que le saben
a encantos de arboledas, a cercanas

desenvolturas de hojas, a visiones
de creceres continuos, i le envuelven
en un sonar de espigas el espíritu.
Vienes a ser impulso en su latido;
verdura y claridad, en su esperanza;
acelerada sangre, en el abrazo;
calor de besos i arrullar de cunas.

Algun grano de trigo saldrá un dia
de estos endebles tallos que hoi empapas
a contar en las hostias el milagro
continuo de tus dedos fervorosos.

CAMINOS

Caminos del terruño, caminitos
tendidos en el campo por la mano
piadosa de algun hombre para el viaje
de los sueños del niño !

Me habeis dado
relijosos deleites cuando han ido
por vosotros mis pies, i muchas veces
un ájil fantasear: tras de los bosques
de la orilla del rio, he colocado
maravillosas tierras, guardadoras
de todo lo anhelado. Me he sentido,
en vosotros, señor; las cosas eran

súbditos obedientes; mensajeras
de mandatos, las aves; la llanura,
un reino dilatado; i renacia
la tierra ante el dominio vigoroso
de mi infantil espíritu.

Caminos
de los anchos potreros i los verdes
i espaciosos trigales! os adeudo
la devocion de inmensidad i el voto
de robustas acciones, que no cesan
de trabajar en mi.

Como unos brazos
largos i abrigadores, acudiais
a recibir mi encuentro: encima de ellos,
glorificado el cuerpo, mis sentidos
se abrian plenamente i recibían,
sin ningunos propósitos ni fines,
lo que les daba el cielo, el sol, la tierra
i la vega cercana.

Caminitos
de mi mejor vision, yo aun os debo
la intencion del recuerdo: sed lo mismo
que brazos llamadores para todos
los niños que se acerquen a vosotros,
i hareis mi gratitud resplandeciente!

ERNESTO A. GUZMÁN

(De Chile.)

(De *Los Poemas de la Serenidad.*)

REPERTORIO BIBLIOGRAFICO

AMOR AL ESTUDIO

Este Juan Ignacio de Armas * vivió en Caracas unos cuantos años, entre los grandes de la mente de todas las edades; y de andar entre libros, llegó a tener su color y sabiduría. Es perspicacísimo de naturaleza, y de aquellos que tienen la noble y desusada capacidad de poner por encima de sí mismos, y sacar salvo de todo, su amor al estudio; títulos dan los reyes; pero de ennoblecimiento de alma, ninguno mayor que el que se saca de los libros. Las ideas purifican. Venir a la vida usual después de haber estado del brazo con ellas por bajo de los árboles o por espacios azules, es como dar de súbito en el vacío. Una adementada angustia se apodera de la mente en el primer instante del choque. Y se sigue caminando adolorido, hasta que se ve al fin que los

* Cubano; "buscador ingeniosísimo y esmerado poeta."

hombres son buenos y se está bien entre ellos.

JOSÉ MARTÍ.

(*Obras*: Vol. XIII.)

EL ESTILO

El estilo es, en realidad una ecuación que resulta de nuestro más recóndito temperamento personal y la índole del asunto tratado. De ambos factores, el temperamento es invariable, cuando se tiene personalidad; mientras el asunto, en cambio, varía. Ese cambio del asunto da la entonación seria o cómica, grandilocuente o familiar, lírica o trágica, de nuestra composición. Esto varía como la luz ambiente y la emoción interior sobre nuestra fisonomía invariable en su tipo esencial. "Eso" que permite reconocer nuestro rostro a través de la claridad y la sombra, de la risa y el llanto, de la juventud y la vejez, de la salud y la enfermedad, es lo equivalente de la fisonomía espiritual que llamamos "estilo"; lo otro es elemento variable en la obra de arte—luz ambiente o emoción interior de la criatura imaginaria—todo cuanto se traduce en el tema, en el "género" o en la intención. Si establecié-

semos un paralelo entre el discurso oral y el discurso mental, yo diría que como la voz —ya baja, ya alta, ya triste, ya alegre— tiene un *timbre* individual que permite reconocer a su dueño en la obscuridad o a la distancia, así el pensamiento poético tiene también su timbre individual. El estilo es el timbre del discurso mental, y gracias a él reconocemos a nuestros autores. Por él se revelan los poetas verdaderos, cuando a través de la entonación variable, logran salvar en la palabra propia el eco auténtico de ese timbre interior.

RICARDO ROJAS.

(*Revista de Filosofía*. —Buenos Aires.)

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.—*Platero y Yo*
(elegía andaluza).—Biblioteca Ju-
ventud, editada por LA LECTURA
de Madrid.

“PLATERO Y YO”. — *Platero* es un borrico. “Es pequeño, peludo, suave; tan blando de fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.” Tiene una oreja enhiesta para la gracia y otra oreja gacha para la mansedumbre.

Yo es un poeta. Es un poeta con tal voz de hermano que todos los que le han leído le llaman Juan Ramón. También fué hermano de *Platero* mientras *Platero* vivió y le llevaba sobre su lomo blando. Ahora que *Platero* ha muerto, ahora "que ya puede entender" un libro, Juan Ramón Jiménez le dedica uno y se lo manda "al cielo de Moguer".

Los niños de España adorarán al poeta y su borriquillo. Adorarán *Platero* y *yo* precisamente porque no ha sido con premeditación escrito para ellos. Que en este capítulo, el de la literatura infantil, hay tal vez equívoco en que importa a todos no persistir. La publicación de libros destinados única y exclusivamente a los pequeños ¿no constituirá un error pedagógico?

Cuenta Goethe, en *Poesía y Verdad*, que en tiempo de su infancia semejantes publicaciones apenas existían. Fuera del *Orbis pictus*, de Comenio, ninguna obra de esta índole tuvo el niño Juan Volfango en sus manos. Pero él y su hermana ojeaban a menudo una gran Biblia en folio, con grabados de Mérian. La *Crónica*, de Godofredo, decorada por el mismo grabador, les instruía sobre los acontecimientos máximos

de la Historia Universal. La *Acerva philologica* añadía a ésa la narración de fábulas, mitos y maravillas de todo orden. Y tampoco les faltó el conocimiento de *Las Metamorfosis*, de Ovidio, cuyos primeros libros fueron estudiados diligentemente. “Así —dice Goethe— mi joven cabeza fué pronto poblada por multitud de imágenes y de aventuras, de personajes y de acontecimientos considerables y prodigiosos, y jamás el hastío pudo apoderarse de mí, puesto que yo estaba ocupado constantemente en aprovechar este fondo de adquisiciones, en juzgarlo y reproducirlo.”

Hay que confesar que, a lo menos en este caso particular, los efectos del sistema no fueron malos del todo. Pero ¿qué dirían los pedagogos del día de una educación con base de Ovidio? No sé lo que dirían. Pero sí sé que a mí una vez, en compañía de uno de ellos, maestro agudo, se me ocurrió interrogar a los chiquillos de su escuela sobre la canción por cada uno preferida. Y la canción que resultó preferida por el mayor número no fué, ¡oh sorpresa!, el *Arroz con leche*, ni el *Serení*, ni otra ninguna de esa familia. Fué *Dios loado por la Natu-*

raleza, uno de los mejores corales de Beethoven.

ME ESCRIBE UN MAESTRO. — Manuel Ainaud (el maestro agudo de quien otro día os hablaba, aquel que tuvo curiosidad de saber cuál era la canción preferida por los niños) me escribe y dice que sus discípulos han seguido gustando sinceramente del “Dios loado por la Naturaleza”, como también de algunas selectas canciones de Schubert. Además, que en un colegio de niñas, éstas, indiferentes a ciertas pueriles litografías alemanas fabricadas laboriosamente para Kindergarten, hallaban en cambio mil delicias en la reproducción de una Madona de Luini. Y que él, Manuel Ainaud, como a un muchacho reacio a cualquier estudio, tuviese misión de llevarle al buen camino, logró este resultado con darle a leer el capítulo X en el libro III de las Memorables de Jenofonte y algunos fragmentos de estética originales de Eugenio Carrière y reunidos en un volumen.

Y concluye el maestro agudo: “Por amor a nuestros niños continuemos en revisar el problema de la literatura infantil. Este será el problema central dentro de poco tiempo,

cuando nuevamente hayan fracasado las metodologías sin alma.”

INSISTO.—Insisto en que conviene revisar con cuidado la cuestión referente a la literatura para niños. Y no sólo a la literatura poética, sino aun a la científica. ¿Qué será mejor, dar a aquéllos (debemos preguntarnos) manuales escritos exprofeso para su uso, o, directamente, obras clásicas de grandes sabios? Algo hay en éstas, sin duda, que aquéllos no pueden compensar.

Algo a cuyo calor se encienden las jóvenes vocaciones. Claro es que toda la física de Newton ha pasado a nuestros pequeños manuales, y aumentada y mejorada, y limpia de muchos errores. Pero ¿qué será, que a la lectura de un manual nadie siente despertar en su alma una seria pasión por la física, y a la lectura de Newton sí? Cuantos grandes matemáticos ha conocido el mundo llegaron a ser tales por razón de que, en tiempo más o menos prematuro, cayera en sus manos, más o menos casualmente, un volumen, más o menos maltrecho, de Euclides o de Lagrange.

XENIUS *

(España. Madrid.)

* Con este nombre firma sus escritos el admirable catalán Eugenio D'Ors.

EL LIBERTADOR Y EL CANAL DE PANAMA

Poco tiempo más y hará un siglo que el Libertador solemnizaba el año nuevo de 1822 con un proyecto, como suyo, henchido de portentos: la apertura del canal de Panamá.

El Secretario General, Pérez, se dirigía desde Calí al gobernador del Chocó, diciéndole que Su Excelencia el Libertador Presidente deseaba vivamente que se le remitieran cuantas noticias se hubieran adquirido sobre el canal que pudiese comunicar los dos mares por el Atrato y cuantos informes y relaciones pudieran obtenerse de los vecinos prácticos del Chocó.

Gobernaba para entonces en aquel territorio el coronel José María Cancino, quien el 25 de enero envió a la Secretaría General los informes pedidos. Estos alcanzaron al Libertador en San Pablo, cerca de Popayán, y al imponerse de

ellos, ordenó al coronel Cancino que “procediera a hacer trazar el canal por la parte del Istmo que separa los dos ríos y tiene sólo tres millas en un terreno de cascajo y greda deleznable; que hiciera abrir picas y ponerlas corrientes hacia los puntos que se reputaran fáciles para la apertura; que encargara a Jamaica los instrumentos necesarios para aquella operación, los cuales pagaría el Gobierno de Colombia”.

Se le advertía, además, a Cancino que S. E. estaría para el mes de octubre en el Chocó y que estaba resuelto a ejecutar la útil empresa de comunicar los dos mares; de manera que cuando llegase, en la fecha anunciada, ya se hubieran cumplido las órdenes trasmitidas.

Desde Popayán, el 7 de marzo, el Secretario General remitió al Ministro de lo Interior una descripción de los ríos Atrato y San Juan, acompañada de un mapa de ellos; a la vez que se le prevenía al gobernador del Chocó que hiciera levantar nuevas y más exactas cartas, a fin de que todo estuviese listo para el

mes de octubre, en que el Libertador visitaría aquellas regiones, sólo con el objeto de activar personalmente, por todos los medios posibles, aquella importante comunicación.

Peró, para aquel mes de octubre, el Libertador andaba realizando, por el sur de Colombia, otra obra, rival en magnitudes, de la apertura del canal de Panamá: el paso de la *Guardia* hacia los últimos confines del continente, para abrir cauces a la libertad y a la independenciam. Había, para aquella fecha, ganado personalmente a Bomboná, en tanto que los Estados Unidos reconocían la soberanía de Colombia y el general Sucre daba a la gloria de nuestras armas, en Pichincha, *el tercer día de Boyacá*, según su propia expresión. Guayaquil había sido incorporado a la gran república y la vanguardia del ejército libertador ocupaba al Perú.

Vinieron, sucesiva e inmediatamente, las disensiones políticas de aquel país, la guerra civil, la dictadura boliviana, Junín, Ayacucho, la libertad de América, la creación de Bolivia...

Vino también la inevitable, la ineluctable declinación, que comienza en la hora inaplazable de 1826 y concluye con el crepúsculo silencioso y melancólico de la quinta de San Pedro.

El Libertador no pudo realizar su visita al Chocó; el Istmo continuó proponiendo al porvenir nuestros destinos durante noventa y dos años; pero no es menos cierto que la tentativa de apertura en 1822, quedará como un gigantesco testimonio de la asombrosa capacidad previsoras de aquel hombre que, al ases- tar su mirada aquilina al fondo de los tiempos futuros, concibió también la reunión de la asamblea pan-americana, en ese mismo punto geográfico y en la ciudad misma a la cual predijo los destinos de una "Constantinopla del Nuevo Mundo".

Sin duda no conoció los proyectos del Libertador, Fullarton, el prevoste de Ayr, en Escocia, cuando en setiembre del año 29 le escribía al jefe de Colombia: "Entre los muchos cuidados que deben ocupar su grande inteligencia, permítala-

me V. E. que le sugiera uno que debe tener parte en sus pensamientos. Es sin duda alguna de gigantesca magnitud, pero envuelve consecuencias que son a un tiempo grandes y sublimes. Me refiero a la unión de los océanos Pacífico y Atlántico, por medio de un canal navegable. Si esa medida es practicable para el poder del hombre, ciertamente que V. E. es ese hombre, señor.... Estas ideas han preocupado mi inteligencia desde la primera vez que ví el nombre de V. E. unido a la libertad de Colombia. Dejo la sugestión sencilla y desnuda al gran corazón de V. E. y a su grande y capaz inteligencia”.

Furioso decreto de inclemencias el que pesa sobre los días del Libertador. Siete años después de haber emprendido la realización de su idea, el prevoste de Ayr se la propone como una “sugestión”; y el diez de octubre último, cuando se encontraron las aguas de ambos océanos, la prensa de París aprovecha el suceso, para proclamar a M. de Lesseps “inventor” del canal...!

ELOY G. GONZÁLEZ.

(*El Cojo Ilustrado*. Caracas, 1º Enero - 1914.)

LAS OLIVICAS

Cruzó por el ambiente de sosegada paz del humilde lugar de Cornejales, un personaje extraño que nadie supo de donde venía ni adonde iba. Pidió albergue en la posada y por la noche concurrió a la taberna. Era un hombre de mediana edad, pálido y cejijunto, hirsuto el cabello y las prolongadas barbas grises, alto y seco, vestido con astroso gabán, pantalón roto y mugriento sombrero; en el cuello de la camisa sucia llevaba un guiñapo a guisa de corbata, y en los piés alpargatas agujereadas por el pulgar.

Decía ser un obrero que viajaba en busca de trabajo; pero la mochila de lienzo que porteaba a la espalda no contenía precisamente herramientas de algún oficio manual, sino libros y papeles.

La primera noche que se presentó en la taberna saludó a los matracos (en aquel pueblo se llaman así a los que en otro de

Aragón se llaman baturros), tratándoles de compañeros y hermanos. Al principio les inspiró recelos su facha y su lenguaje; después le escucharon con gusto porque les decía cosas que nunca habían oído predicar, pero que cada cual barruntaba en sus adentros. Parecía que les revelaba su propio sentir y pensar. Tan natural y justo era todo aquello que no podía menos de ser el evangelio mismo.

La tierra solo fructifica mediante el laboreo del hombre. El labrador se desposa con la tierra, fecunda sus entrañas con el hierro del trabajo, la riega con el sudor de su frente, y de esta cópula del hombre y la naturaleza nace el pan de la vida. La tierra y sus frutos deben ser del labrador, como suyos son la mujer amada y los hijos en ella engendrados. La posesión de la tierra por los holgazanes es una usurpación. El labrador, rey de la naturaleza, es el pária de la sociedad, porque la tierra es esclava. Hay que libertar la tierra de la esclavitud capitalista para que el hombre del campo sea

libre. Se acerca el día de la justicia social, en que las tierras serán repartidas entre los campesinos y entonces no comerá el que no trabaje.

Al llegar a este punto las barbas del apóstol se agitaban temblorosas, sus ojos brillaban con intenso fulgor, y todo el fluído tempestuoso de su organismo se descargaba en puñetazos sobre la mesa.

El tío Gerardo, un labrador de aspecto bonachón y de fondo solapado y marrullero, poco amigo de palabras, más instruído que sus convecinos y apegado como todos al terruño, era de los que oían con mayor complacencia al forastero y fué quien trabó con él más estrecha relación.

Enterado el Alcalde de lo que ocurría intimó al agitador que abandonara inmediatamente el pueblo, amenazando detenerle por indocumentado; y al tercer día de predicación hubo de levantar el campo, no sin dejar, como estela de su paso, buen número de hojas volantes y folletos de propaganda en manos de aquellos analfabetos.

Se habló todavía durante algunas trashedas en la taberna de Cornejales del hombre de las barbas y se comentaron sus predicaciones; pero poco a poco, ya fuera convencimiento de su impotencia, temor al castigo, o porque cayeran en la cuenta de que todo aquello eran *ambrollos y engaños*, los buenos labriegos fueron olvidándose del forastero y de sus ideas, y extinguidas lentamente en la lejana orilla las últimas ondas de la pasajera agitación, el pueblo volvió a quedar como una balsa de aceite.

Solo el tío Gerardo rumiaba en sus adentros las ideas redentoras y guardaba en su corazón el sagrado fuego de la revolución social, atizado de vez en cuando por la secreta lectura de una revista que le mandaba el forastero; pero más cauto que su iniciador no hablaba con nadie en el pueblo del asunto, con el sano propósito de aprovecharse él solo del reparto cuando llegara el día.

Una tarde de otoño volvió el tío Gerardo de un mitin de la capital de la provincia enteramente convencido de que la co-

sa era cuestión de semanas, de días, de minutos nada más. El gobierno no podía ocuparse en pequeñeces y dejaría hacer; la guardia civil bastante trabajo tenía con perseguir a los facciosos blancos y rojos. Esperaba mi hombre con impaciencia la orden de los suyos para proceder a la incautación y reparto de las haciendas de Cornelajes y se cansó de esperar.

Administraba un magnífico olivar, el más hermoso y grande del pueblo, propiedad de la Excma. Sra. D^a Damiana Ruiz de Gombal, una finca de ojo como todos decían, y en ella tenía puestos los suyos el tío Gerardo para cuando llegara el día del reparto. La oliva estaba un poco *teniente*, pero no importaba que el aceite resultara un poco *aspro* al principio; además, como aquello era tan grande, antes de acabar la recolección ya estaría pasada. Lo esencial era aprovechar la ocasión, no fuera que otro se adelantara.

Y sin más encomendarse a Dios ni al diablo, acordó por sí y ante sí proceder

al secuestro revolucionario de las fincas de Cornejales, empezando por adjudicarse el olivar de D^a Damiana, su olivar, como él tenía derecho a llamarlo al cabo de treinta años de cultivo.

Dicho y hecho: al día siguiente buscó peones, y con todos sus chicos, que no eran pocos, empezó a varear olivos, cuyos negros y lustrosos frutos caían como granizada metálica sobre las mantas de cáñamo dispuestas para recibirlos. Las mujeres y los chicos recogían la aceituna y la echaban en los cestos que las mulas porteaban al molino de la dueña, que también se había adjudicado el tío Gerardo, porque ¿para qué necesitaba D^a Damiana el molino si ya no tenía olivas?

Extrañados los cornejalinos de aquella precipitación, preguntaban al tío Gerardo cómo era que cogía la oliva tan pronto, si no había recibido orden de la dueña.

—No necesito más orden que la mía, contestaba, y yo sé lo que hago; puede que os pene a vosotros no hacer lo mismo.

—Llevaba algunos días de recolección cuando D^a Damiana, avisada o por casualidad, se presentó en el pueblo y fué a visitar su finca, donde hombres, mujeres y chicos hormigueaban en la plenitud de la faena.

—¿Qué es esto, Gerardo? ¿quién te ha mandado coger la oliva?—interrogó la dueña con mal gesto.

—Pues la verdad sea dicha, señora —contestó el labrador con el aire más bonachón de su repertorio—; como dicen que ahora se va a hacer el reparto, yo m'hi dicho: pues la señora más se alegrará de que el olivar me toque a mí antes que a cualquier extraño, que al fin y al cabo l'hi cobrau cariño de trabajalo tantos años.

—¿Cómo se entiende...?

—Pero por eso no hay qu'incomodase; tan amigos como antes. Si la señora quiere darse por aquí un paseíco, ya sabe que puede hacelo siempre que guste; y si le apetece coger cuatro olivicas, no lo deje por falta de confianza. Entre nosotros... ¡no faltaba más!

JUAN BLAS Y UBIDE

(*Cuentistas Aragoneses*)

NOTAS Y RECORTES

Redactor: ELIAS JIMENEZ ROJAS

CULTURA Y KULTURA

El ideal de la cultura inglesa es el *cul-tivo del hombre*. Y son los pueblos que han aceptado este ideal los que han hecho el mayor número de grandes conquistas, no sólo en el dominio de las cosas morales, sino también en el de las matemáticas puras, la astronomía, la mecánica, la termodinámica, la luz, la electricidad, la química y las ciencias naturales.

Citemos algunos nombres de maestros indiscutibles; sin remontarnos hacia las antiguas civilizaciones; sin ir hasta Sócrates, Aristóteles o Arquímedes; sin llegar siquiera hasta el inglés BACON, el "Doctor Admirable". Limitémonos a los últimos siglos. Dejemos de lado a los filósofos, así sean de la talla de MONTAIGNE (que vivió 2 siglos antes de Goethe), de DESCARTES, de PASCAL, de Rousseau, de A. Comte o de SPENCER. No salgamos del campo de las ciencias positivas, para que la demostración sea más contundente.

te. Aquí están, entre los *iniciadores* y creadores no alemanes:

los geómetras franceses, Cauchy, Fourier, Galois, en el dominio abstracto de las matemáticas puras y de las ciencias físicas;

el italiano GALILEO, el inglés NEWTON y la serie de especialistas franceses desde d'Alembert, Lagrange y LAPLACE hasta Enrique Poincaré, en la mecánica celeste y en la física;

los ingleses Bradley y HERSCHELL, el francés Leverrier y el italiano Secchi, en la astronomía de observación;

el francés CARNOT, en termodinámica. Un juez que no puede infundir sospechas, lord Kelvin, ha dicho: "en toda la extensión del campo de las ciencias, no hay nada más grande que el principio de Sadi-Carnot";

el holandés HUYGHENS, el inglés Young y el francés FRESNEL, en óptica, estableciendo la teoría ondulatoria;

el italiano VOLTA, el francés AMPÈRE y el inglés FARADAY, en electricidad;

el inglés MAXWELL, fundador de la elec-

tro-óptica, el trabajo más admirable y fecundo de los últimos años;

los ingleses DALTON, DAWY y Priestley, el italiano AVOGADRO, los franceses LAVOISIER, GAY-LUSSAC, DUMAS, Berthollet y BERTHELOT, el ruso Mendelejeff y el sueco Arrhenius, en química;

el francés LAMARK y el inglés DARWIN, que descubren las leyes de la evolución natural;

y el francés CLAUDIO BERNARD, que fué la fisiología misma.

Hemos dejado de lado la multitud considerabilísima de sabios de la clase de *Franklin* (físico de Boston), Arago (astrónomo francés), Cuvier y Buffon (naturalistas franceses), *Elias de Baumont* (geólogo francés), *Sainte-Claire-Deville* (químico francés que explica los fenómenos de disociación), *Becquerel* y *Curie* (franceses radiologistas) o *Tyndall* (físico inglés).—Tampoco hemos querido hacer mención de ningún sabio de la hora actual, aunque se llame William RAMSAY (químico inglés que ha dilucidado el fenómeno llamado por los alquimistas: “transmutación de la materia”).

Señalemos ahora algunas de las aplicaciones prácticas debidas a ingleses o latinos: navegación al vapor, navegación submarina, alumbrado eléctrico, fotografía, telefonía, galvanoplastia, telegrafía transatlántica, pólvora sin humo, fonografía, globos aeroplanos, antisepsia quirúrgica, primeros colorantes artificiales, cinematógrafo, radioterapia, telegrafía sin hilos. De las aplicaciones no citadas, dedúzcase lo que se debe a los americanos, holandeses, daneses, suecos, rusos, japoneses, noruegos, etc., y se tendrá la parte que *realmente* toca a Alemania.

* * *

El ideal de la *kultura* alemana *actual* es *realista*; es cuidado de cosas. Y es compatible con la barbarie y con la pedantería. Para prueba, basta leer el famoso manifiesto de los 93 máximos profesores y artistas de Alemania. “La *kultura* germánica florece al amparo del militarismo alemán.”

Según el concepto clásico, *bárbaro* significa *extraño*. El bárbaro no es salvaje

y necesita sin embargo ser conducido; *no es niño y ha menester de pedagogo.*

“Los pueblos germánicos pocas veces han demostrado completa originalidad. El germano bárbaro de la antigüedad fué tributario del celta. En los siglos XII, XIII, XVII y XVIII, la civilización germánica es un simple prolongamiento de la civilización francesa.” Hoy, el carácter propio de la ciencia alemana es la habilidad para *realizar* las ideas que le vienen de fuera. Ahí está su grandeza: ni más allá ni más acá.—Sus laboratorios son suntuosos. Pero esta magnificencia no debe tampoco hacer olvidar que muchos de los trabajos más gloriosos han sido efectuados con muy escasos recursos materiales. El mismo SCHEELLE (siglo XVIII) enriqueció la química “sin más medios que la propia cabeza y las propias manos”. No vayamos tan atrás, no salgamos de Inglaterra y de Francia, y recordemos a PASTEUR en su pobre laboratorio de la rue d'Ulm; a CROOKES sacando de sus tubos una rama nueva de la física, rama a que tanto esplendor ha

sabido dar Roentgen; a BRANLY posibilitando con sus radioconductores la telegrafía sin hilos, realizada por el italiano Marconi, pero preparada por Hertz, discípulo de Maxwell; recordemos, en fin, a Juan PERRIN *contando moléculas* y dando a nuestras ideas sobre la constitución de la materia la más firme base positiva.

Acabamos de nombrar a Scheele, a Roentgen, a Hertz. Bien sabemos, pues, que también Alemania ha producido genios de 1º y de 2º orden. El más ilustre tal vez entre los primeros es el filósofo y matemático LEIBNIZ (siglo XVI), el "divino Leibniz". La armonía que él anhelaba entre los pueblos, exige justamente todo lo contrario de lo que proclaman hoy los kultos kaiserianos: dicha armonía exige que cada pueblo contribuya a la obra común de la humanidad con sus cualidades propias, como *colaborador solidario* y sin vanas pretensiones de dominación universal.

Oigamos por último la voz de otro gran alemán, el incomparable WAGNER:

“Si me entregarais la tierra para organizar la Sociedad en vista de su bienestar, no podría hacer más que una cosa: dejarla en plena y completa libertad de organizarse por sí misma.”—“En la medida en que yo estoy contenida en vosotros, dice Natura a los hombres, vivís y florecéis; en la medida en que en vosotros no estoy, os consumís y perecéis.”

* * *

EL SERMÓN DE LA MONTAÑA EN ALEMANIA

Dicen los sabios alemanes del día que ellos no pueden ser comprendidos por quien no sea también alemán; que su moral, su concepción del derecho y su lógica les son peculiares o *idióticas*. Y es la verdad. Lo cual no quita que podamos comprender siempre a muchos de los sabios de la Alemania prekaisericiana y hayamos comprendido hasta hace poco a algunos de los otros a que nos referimos. Adolfo von Harnack—teólogo renombrado e historiador de los dogmas—, hablaba antes de la guerra con cierta lógica y seriedad. Miren como se expresa ahora en una ocasión solemne:

“La guerra nos demuestra que nos equivocamos al pensar que la guerra no está en la naturaleza de las cosas. ¿Pero no se opone al aforismo de: “Bienaventurados son los mansos”? No, porque este aforismo se aplica al individuo, pero no al Estado, porque el Estado es, en primer término, el representante de la justicia, y a la justicia pertenece la espada... Es posible que algún día la guerra misma pase a la historia y desaparezca de la realidad. Pero el individuo, como tal individuo, debe vivir con arreglo a las enseñanzas del Sermón de la Montaña.”

Saquemos las consecuencias:

I. El individuo debe ser manso, con arreglo al Sermón de la Montaña. El Estado, no. El Estado representa la justicia, y a la justicia corresponde la espada.

II. La guerra está en la naturaleza de las cosas; pero es posible que algún día desaparezca de la *realidad*.

¿Pero quién ha visto jamás Estados peleando? Quienes se baten son sus individuos; y, para vencer, precisa que se enfurezcan y pierdan la bienaventuranza de la mansedumbre. Por eso se enseña hoy a los niños en las escuelas alemanas

el "Himno del Odio", compuesto por Lis-sauer, contra Inglaterra.

¿Y cómo puede desaparecer de la realidad lo que está en la naturaleza de las cosas, lo que es constante en ellas, lo que es fundamental?

¡Aquí de la kultura con k!

CON CUÁNTA FACILIDAD LEGISLAN LOS
HOMBRES Y QUÉ MAL LO HACEN!

Leyendo la *Gaceta Oficial*, del mes de Agosto para acá, tiene que sentirse desconcertado quien crea, todavía en la eficacia de las leyes de los hombres, aun cuando se aparten del orden natural. ¡Qué abrumadora florescencia! ¡Como si la bondad de los códigos no estuviera generalmente en razón inversa de su prolijidad! Las leyes de la naturaleza son muy sencillas, muy claras y abarcan el infinito. Sus moldes son inflexibles y es sin embargo inimaginable la diversidad de modalidades de acción que en ellos caben. Nuestros mandatarios proceden al revés: multiplican la letra, malgastan

fuerzas y quizás nada bueno alcanzan..... Pero pasemos sin advertir ligerezas, impropiedades, abusos, confusiones y contradicciones. Señalemos tan solo la tendencia al socialismo de Estado teutónico que se descubre en la mayor parte de las disposiciones de nuestra Gaceta, en lo económico y en lo docente. ¡Y ello en plena zona tórrida, donde urge a toda costa robustecer las energías individuales!

CADA UNO HABLA SU LENGUA

¡Es curioso! Por haber sido Wilson profesor, se anotan en contra de los intelectuales en general, las vacilaciones y los desaciertos que se atribuyen al Secretario de Estado BRYAN, dando a entender que la alta cultura y el bagaje de teorías apropiadas son contraproducentes para el gobierno político de los pueblos. ¿Pero qué llamarán alta cultura? ¿y qué, teoría? El buen gobernante y el buen universitario deben reunir exactamente los mismos caracteres de cerebración, de potencia volitiva y de justeza de miras. La investigación en el laboratorio, la so-

lución de los problemas sociales, el atinado manejo de los hombres y de las cosas, exigen dotes que son de un mismo orden fisiológico. Todo hombre esclarecido, resuelto y consecuente en sus actos sucesivos, todo hombre de *gran acción*, es forzosamente un gran intelectual. Si erramos, en EE. UU., o en Costa Rica, es precisamente por imprevisión, por falta de reglas generales, por incapacidad para la abstracción; en una palabra, por falta de teoría. Los Bryan de allá—si son como los pintan—y los de aquí, serán todo, excepto teóricos de verdad.

E. J. R.

LA UNIVERSIDAD Y LOS "PRÁCTICOS"

La opinión española empieza a interesarse por los problemas de la educación. Es un interés naciente, acaso superficial, todavía muy incompleto, pero que permite considerarlo optimistamente como una señal de renacimiento. Se empieza a formar conciencia acerca de tan vital asunto; hay ya una preconciencia, un sentimiento confuso de que la instrucción es una necesidad pú-

blica; de que no es cosa que interesa sólo a unos cuantos sabios; de que tiene más importancia que la decorativa consistente en hacer buen papel entre los pueblos civilizados, que han dado en la flor de enamorarse de la cultura popular.

En esta preconciencia del problema ¡ cuántas lagunas podrían señalarse ! ¡ Qué endeble y tierno nos parece todavía ese interés naciente ! La predilección que se otorga a las cuestiones confesionales y políticas sobre las que son propiamente de enseñanza; la falsa oposición que se pretende establecer entre educación e instrucción, para menospreciar solapadamente a ésta; el espíritu utilitario y práctico que se quiere imprimir a la renovación de la enseñanza son señales de lo incompleto y rudimentario que es todavía ese movimiento de opinión. Pero es algo, es el primer paso, para que tenga realidad en la conciencia española uno de los términos de aquel programa de regeneración, trazado por Joaquín Costa en dos solas palabras que valen por muchos discursos: escuela y despensa, versión popular de cultura y riqueza, los verdaderos cimientos de la grandeza de las naciones.

Esa preconciencia del problema de la cultura, del problema de la educación, que es

el problema de la preparación para la vida, bajo sus distintos aspectos, entre los cuales el de la instrucción es el menos discutible, es todavía, como digo, muy incompleta. Se comprende ya la necesidad de la escuela; pocos se atreven a decir que es mejor que los pobres no sepan nada, que al pueblo le conviene la ignorancia, porque le ahorra cavilaciones, aparta de él tentaciones y rebeldías y le permite ser más feliz dentro de su simplicidad. ¡ Como si esto fuera posible ! ¡ Como si aparte de todas las razones ideales y morales, la economía moderna no exigiera mínimos crecientes de cultura hasta para las más humildes formas de la concurrencia vital ! Pero si se comprende la escuela, no se comprende todavía la Universidad. La Universidad, según uno de esos tópicos de la vulgaridad que corren por las bajas capas de la política y del periódico y arrastran a muchos simples en quienes está abolida la función de discurrir, es una fábrica de títulos académicos, un vivero de doctores y licenciados, de hambrientos de levita que asaltarán el día de mañana los destinos públicos por no servir para otra cosa.

No se advierte que el problema de la instrucción es un problema orgánico, cuyas

partes actúan recíprocamente unas sobre otras. Sin Universidad no habrá escuela, a menos que enviásemos a los maestros a educarse en el Extranjero. No basta que haya Escuelas normales u otros seminarios de maestros. De la Universidad, de los centros de enseñanza superior científica, llámense como se quiera y no hay por qué variarles aquel glorioso nombre que encierra la tradición de la cultura desde la Edad Media, procede el nivel del saber que luego se diversifica en varias aplicaciones y forma los especialistas de las diferentes profesiones y hace profesores normales, inspectores, maestros. Sin cultivo puro de las ciencias, las aplicaciones caerían en el empirismo, degenerarían, se petrificarían en la rutina. Con razón se achaca a la Universidad alemana, al cultivo de las ciencias físico-químicas, el desarrollo extraordinario de la industria y el comercio germánicos. El progreso de las aplicaciones prácticas, tiene por supuesto el adelanto de las ciencias.

El impulso de la Universidad llega a la escuela de primera enseñanza. Contra la Universidad conspiran el sentido utilitario del practicismo (a veces lo que parece práctico es lo menos práctico) y la pedante-

ría de los autodidactos que, por no haber pasado por ella, creen que no sirve para nada. Los unos dicen: “¡nada de facultades, ni de filosofías, ni de monsergas; lo que queremos es cosas prácticas; cosas que sirvan para la vida, ingenieros, maestros, comerciantes!”. Como si eso pudiera lograrse sin un intenso cultivo de la ciencia. Los otros se figuran a las Universidades como Escuelas arcaicas, ajenas a la cultura moderna, y no advierten que todo lo que ha sobresalido en la cultura española contemporánea desde Costa a Menéndez Pelayo, de la Universidad procede (hablo de la Universidad en sentido genérico, de enseñanza científica superior).

ANDRENIO.

(De “Nuevo Mundo.”)

BORRADOS

En la sesión del 15 de Marzo, la *Academia de Ciencias* francesa ha decidido la exclusión de los siguientes miembros alemanes, firmantes del conocido Manifiesto: Baeyer (químico), E. Fischer (químico), Waldeyer (anatomista) y F. Klein (matemático).—Otras sociedades sabias han tomado ya resoluciones semejantes.